



www.loqueleo.es

Título original: *Frankenstein; or The Modern Prometheus*, Mary Shelley

© De la adaptación del texto: 2022, Ana Alonso

© De las ilustraciones: 2022, Juan Berrio

© De esta edición:

2022, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-399-3

Depósito legal: M-24473-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2022

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Mary Shelley

**FRAN
KEN
STEIN**

loqueleq

CARTA 1

San Petersburgo, 11 de diciembre de 17...

A la Sra. Saville, Inglaterra

Querida hermana:

Llegué ayer a San Petersburgo, y me he propuesto como primera tarea escribirte para que sepas que estoy bien y que confío cada vez más en el éxito de esta aventura que he emprendido.

La ciudad se encuentra mucho más al norte que Londres y, mientras recorro sus calles, noto una fría brisa polar en las mejillas que fortalece mis nervios y me llena de alegría. ¿Entiendes lo que siento? Esta brisa, que viene de las regiones a las que yo pretendo viajar, me ofrece un anticipo del helado clima que me aguarda. Inspirada por este viento prometedor, mi imaginación se vuelve más ardiente y vívida. Por más que lo intente, no puedo aceptar la idea de que el Polo sea un lugar inhóspito y desolado. Yo siempre me lo represento como una región llena de belleza y encanto. Margaret, allí luce siempre el sol, su amplio disco roza apenas el horizonte difundiendo un perpetuo resplandor. Allí, según dicen los marinos que me han precedido, desaparecen la

nieve y la escarcha. Y, navegando por un mar tranquilo, se llega a una tierra que supera a todas las demás en sus maravillas. ¿Qué otra cosa podría esperarse de un lugar donde reina una luz eterna? Puede que allí descubra los secretos del poder que atrae las agujas de las brújulas y que pueda saciar mi curiosidad visitando una parte del mundo inexplorada. Esos estímulos me bastan para vencer el miedo a lo desconocido y comenzar la expedición con la alegría de un niño que se embarca con sus amigos en una travesía por el río de su pueblo. Pero, incluso si estas esperanzas no se cumplieran, no puedes negar que la humanidad entera me estará agradecida si encuentro un paso a través del Polo que conecte países ahora alejados por meses de travesía.

Tú sabes que he soñado con este viaje desde la más temprana edad. La biblioteca de nuestro tío Thomas estaba compuesta únicamente de libros sobre viajes y expediciones. Aunque no recibí una educación esmerada, esos libros me obsesionaban noche y día, y me hacían soñar con una vida de marino. Renuncié a esos proyectos cuando descubrí la literatura, que me entusiasmó hasta el punto de que yo mismo me hice poeta durante un año o dos. Bien sabes las decepciones que sufrí en esa época, pero, gracias a la herencia de mi primo, pude volver a mi antigua inclinación y emprender por fin la aventura que había planeado desde la infancia.

Durante seis años, me he preparado a conciencia para lo que me espera. Con el propósito de endurecer mi cuerpo, me enrolé en una tripulación de balleneros del mar del Norte. Padecí el frío, el hambre, la sed y la falta de sueño. Por el día trabajaba más que cualquiera de mis compañeros y por la noche me dedicaba a estudiar matemáticas,

medicina y todas las ramas de las ciencias físicas que podían resultarme útiles para mi proyecto. Podría haberme pasado la vida rodeado de lujo y comodidades, pero he elegido el camino de la gloria. Así que dime, Margaret, ¿acaso no merezco alcanzar mis metas? Ojalá estuvieras aquí para contestarme que sí. Mi decisión es firme y no me falta valor, pero mis esperanzas fluctúan y a veces me siento deprimido.

Esta es la mejor época del año para viajar por Rusia. Los trineos vuelan sobre la nieve y su movimiento es más cómodo y agradable, en mi opinión, que el de los mejores carruajes ingleses. No hace demasiado frío si vas envuelto en pieles, una vestimenta que ya he adoptado, porque no es lo mismo pasear por la cubierta de un barco que ir sentado durante horas y horas arriesgándote a que la sangre se te congele en las venas, y no tengo ningún interés en jugarme la vida durante el trayecto desde San Petersburgo a Arkángel. Partiré hacia allí dentro de dos o tres semanas, y mi intención es alquilar un barco en cuanto llegue y contratar a todos los marineros necesarios entre los balleneros que encuentre en la ciudad. No planeo zarpar antes del mes de junio... ¿Y cuándo regresaré? Ay, hermana, ¿quién sabe? Si tengo éxito, podrían pasar muchos meses, incluso años, antes de que volvamos a vernos. Si fracaso..., tal vez no volvamos a vernos nunca. Así que, por si acaso, me despido de ti, querida Margaret. Que el cielo te cubra de bendiciones y ojalá me proteja a mí también para poder expresarte mi cariño y gratitud en persona antes o después.

*Tu afectuoso hermano,
R. Walton.*



MIRAD, AHÍ ESTÁ
OTRA VEZ ESE TIPO.

¿EL QUE QUIERE IR AL
POLO? QUÉ CHIFLADO.



PERO HA CONSEGUIDO UN BUEN
BARCO. Y EL TRABAJO ESCASEA...

VOY A IR CON ÉL. YA
ME HE ENROLADO.



¿ESTÁS PENSANDO
EN IR CON ÉL?

ESTÁS LOCO.
MORIRÉIS TODOS.



CARTA 2

Arkángel, 28 de marzo de 17...

A la Sra. Saville, Inglaterra

¡Qué despacio pasa el tiempo aquí, adaptándose a la caída lenta de la nieve! Aun así, he dado un paso más en mi proyecto. He alquilado un barco y estoy contratando a mis marineros. Los que ya se han enrolado parecen hombres de fiar y dotados de un temperamento intrépido.

Pero me falta algo que no voy a poder encontrar, y es que aquí no tengo ningún amigo, Margaret. Cuando me asalta el entusiasmo por el éxito que podría alcanzar, no tengo a nadie con quien compartir mi alegría. Si me invade el desánimo, no tengo quien me reconforte. Puedo desahogarme escribiendo, es cierto, pero es un medio demasiado pobre para comunicar los sentimientos. Ojalá tuviera la compañía de un hombre con quien pudiera simpatizar, alguien culto e inteligente, con gustos similares a los míos, para que aprobase o corrigiese mis planes. Me ayudaría a evitar errores..., porque soy demasiado impulsivo en la ejecución de mis planes y demasiado impaciente ante las dificultades.

Pero mi mayor problema es mi falta de formación. Con veintiocho años, tengo menos estudios que muchos escolares de quince. Es verdad que he pensado más que ellos y que mis visiones son más amplias y ambiciosas, pero requieren «pulirse», y me vendría muy bien contar con un amigo que no me despreciase por exceso de romanticismo y que me quisiese lo suficiente como para intentar regular mi carácter. Bueno, son quejas inútiles, porque, como es lógico, no voy a encontrar ningún amigo en pleno océano y tampoco aquí, en Arkángel, entre comerciantes y marineros. Aunque eso no significa que no haya en este ambiente personas con sentimientos. Mi lugarteniente, por ejemplo, es un inglés de admirable valor e iniciativa. Desea con toda su alma progresar en su carrera. A pesar de sus prejuicios nacionales y profesionales y de no haber contado con una buena educación para limarlos, reúne algunas de las virtudes más nobles de la humanidad. Lo conocí a bordo de un ballenero y, al encontrármelo en esta ciudad y sin empleo, no me costó convencerlo para que se uniese a mi proyecto. Es un hombre de excelente disposición y destaca por la amabilidad de sus modales. Esto, unido a su valor y a su generosidad, es lo que me animó a contratarle. Después de haber pasado mis mejores años bajo tu tutela, hermana, es lógico que me desagrade la brutalidad habitual entre los marineros. No me parece necesaria, y cuando oigo de algún marino que se hace respetar sin recurrir a ella intento de inmediato contratar sus servicios. La historia de este hombre me llegó de una manera un tanto romántica, a través de una dama que le debe su felicidad. Hace unos años se enamoró de una joven rusa y, como había amasado una fortuna considerable, el padre de la muchacha aceptó el compromiso. Pero, antes de que la ceremonia se celebrara, ella

le confesó entre lágrimas que amaba a un hombre pobre y que su padre jamás le permitiría casarse con él. Mi generoso amigo tranquilizó a la dama y, tras informarse sobre el nombre de su enamorado, puso a su nombre la granja que había comprado para establecerse él con su futura esposa. Le dio también dinero para que adquiriese ganado. Después, él mismo le pidió al padre de la joven que aprobase la unión de aquel hombre con su hija. «¡Qué individuo tan noble!», estarás pensando. Lo es; pero no tiene ninguna cultura. Siempre está callado y parece sumido en una indiferencia ignorante que hace imposible que uno sienta simpatía o interés hacia él.

No creas que, a pesar de mis quejas, estoy dudando de mis planes. No han cambiado ni un ápice y, en cuanto la climatología lo permita, emprenderé la travesía. El invierno ha sido terriblemente severo, pero la primavera se anuncia prometedora y se ha adelantado con respecto a otros años, así que es posible que parta antes de lo previsto. De todas formas, no voy a precipitarme. Me conoces lo suficiente para confiar en mi prudencia cuando está en juego la vida de otras personas.

No puedo describirte mis sensaciones ante la inminente aventura que voy a emprender. Es imposible expresar la ansiedad temblorosa, entre agradable y atemorizada, que me invade en medio de mis preparativos. Y siento que hay algo en mi interior que no alcanzo a comprender. Soy un hombre práctico y perseverante a la hora de encarar el trabajo y las dificultades, pero, al mismo tiempo, una cierta creencia en lo maravilloso se entreteje en todos mis proyectos, una urgencia por salirme de los caminos trillados, por adentrarme en los mares salvajes y las regiones inexploradas que me propongo

estudiar. Y me pregunto si, después de atravesar esos inmensos océanos, encontraré una ruta de regreso y volveré a verte. No me atrevo a esperar un éxito semejante, pero tampoco soporto pensar en la opción del fracaso. Por el momento, sigue escribiéndome siempre que tengas ocasión. Es posible que tus cartas me lleguen justo cuando más las necesite para levantarme el ánimo. Te quiero entrañablemente. Recuérdame con cariño si no vuelves a saber de mí.

*Tu afectuoso hermano,
Robert Walton.*

CARTA 3

7 de julio, 17...

A la Sra. Saville, Inglaterra

Querida hermana:

Te escribo estas pocas líneas a toda prisa para decirte que estoy bien... y que mi travesía ha comenzado. Esta carta llegará a Inglaterra a través de un comerciante que se dirige allí desde Arkángel. Yo, en cambio, seguramente no volveré a mi tierra natal en varios años. Aun así, estoy animado. Mis hombres son valientes y resueltos, y no parece que flaqueeen al ver las láminas de hielo flotante con las que nos cruzamos y que anuncian los peligros que nos aguardan. Hemos alcanzado ya una latitud muy alta, pero estamos en pleno verano. Aunque no hace tanto calor como en Inglaterra, los vientos del sur, que nos empujan hacia esas costas que tanto deseo alcanzar, atemperan el ambiente y lo vuelven casi agradable.

Hasta ahora no hemos sufrido ningún incidente digno de mención. Un par de tormentas y alguna pequeña inundación son accidentes habituales a bordo de un barco y no merece la pena reseñarlos. Me daría por contento si no nos ocurriese nada más grave durante la travesía.

Adiós, querida Margaret. Puedes estar segura de que, tanto por ti como por mí mismo, no correré riesgos innecesarios. Me mantendré tranquilo, perseverante y prudente.

Pero mis esfuerzos TIENEN que dar fruto. ¿Por qué no habría de triunfar? Puesto que he llegado hasta aquí a través de los mares desiertos y las estrellas han sido testigos de mi éxito, ¿por qué tendría que detenerme? Nada debe interponerse en el camino de un hombre voluntarioso y decidido a conseguir sus objetivos.

Una vez más, me he dejado llevar por el entusiasmo en estas últimas líneas. Pero debo terminar. ¡Que los cielos bendigan a mi adorada hermana!

R. W.



POR FIN SE LEVANTA
LA NIEBLA.

PERO ES CASI PEOR.
MIRA TODO ESE HIELO...



ESTAMOS ATRAPADOS.

UN MOMENTO...
¿QUÉ ES ESO?



PARECE UN TRINEO. ¿CÓMO
HABRÁ LLEGADO HASTA AQUÍ?

CAPITÁN WALTON,
¡MIRE ESO!



¿DÓNDE?

ALLÍ...



QUÉ EXTRAÑO. A VER SI
PUEDO ENFOCARLO...



IMPOSIBLE...

¿QUÉ HA VISTO,
CAPITÁN?

¿PODEMOS
MIRAR?



CARTA 4

A la Sra. Saville, Inglaterra

5 de agosto de 17...

Nos ha ocurrido un accidente tan extraño que no puedo dejar de contártelo, aunque es muy probable que nos veamos antes de que estos papeles lleguen a tus manos.

El lunes pasado (31 de julio) estábamos casi completamente rodeados de hielo y el barco apenas tenía espacio para flotar. La situación era bastante peligrosa, especialmente cuando se nos echó encima una espesa niebla.

Hacia las dos, la niebla se disipó y pudimos ver las inmensas llanuras de hielo que se extendían a nuestro alrededor. Algunos de mis compañeros empezaron a murmurar, y a mí también me asaltaron pensamientos inquietantes, pero en ese momento vimos algo tan extraño que nos olvidamos de nuestra arriesgada situación. Distinguímos un carruaje unido a un trineo y tirado por perros que se dirigía hacia el norte, a una distancia de media milla. En el trineo iba sentada una criatura con aspecto humano, pero de una estatura gigante.

Observamos el rápido avance del viajero con nuestros catalejos, hasta que se perdió entre los lejanos relieves del hielo. Aquella aparición nos sobrecogió de asombro. Estábamos a cientos de millas de cualquier tierra conocida, pero la presencia de aquel ser nos hizo suponer que tal vez no nos habíamos alejado de la civilización tanto como creíamos.

Unas dos horas después del incidente, antes del anochecer, el hielo se rompió y liberó nuestro barco, pero decidimos permanecer inmóviles hasta la mañana, para no correr el riesgo de chocar con las masas congeladas que aún flotaban a nuestro alrededor. Yo aproveché aquellas horas para descansar.

Sin embargo, en cuanto amaneció, subí a la cubierta y me encontré a todos los marineros asomados a una de las barandillas, hablando, al parecer, con alguien que estaba en el mar. De hecho, un trineo parecido al que habíamos visto la tarde anterior había flotado hacia nosotros durante la noche sobre un islote de hielo. Solo uno de los perros seguía vivo, pero dentro del trineo había un hombre y mis compañeros intentaban convencerlo de que subiese a nuestro barco.

—Aquí está nuestro capitán —dijo mi lugarteniente al verme— y no va a permitir que muera usted en el mar.

El desconocido se dirigió a mí en inglés, aunque con acento extranjero.

—Antes de que suba a su barco, ¿tendría la amabilidad de decirme hacia dónde se dirige? —preguntó.

Puedes imaginarte mi asombro al oír aquella pregunta en labios de un hombre en una situación tan desesperada. Le contesté que nos dirigíamos hacia el Polo Norte en un viaje de exploración científica. Al oír aquella respuesta, aceptó subir a bordo.

Tendrías que haber visto en qué estado se encontraba, Margaret. Tenía los miembros casi congelados y el cuerpo consumido por el cansancio y el sufrimiento. Intentamos llevarlo al camarote, pero, en cuanto se alejó del aire fresco, se desmayó. Lo devolvimos a la cubierta y lo reanimamos frotándolo con brandy y obligándole a beber un trago. Cuando volvió en sí lo arropamos con mantas y lo sentamos junto a la chimenea de la cocina. Poco a poco se fue recuperando y tomó algo de sopa, que le hizo mucho bien.

Pasaron dos días hasta que logró articular palabra, y yo empezaba a temer que sus desdichas hubiesen afectado a su entendimiento. Cuando mejoró un poco hice que lo instalasen en mi camarote y lo atendí lo mejor que pude. Jamás he visto a un hombre más extraño: sus ojos tenían casi siempre una expresión salvaje, incluso de locura, pero, cada vez que alguien se mostraba amable con él, su rostro se iluminaba con una expresión de dulzura y benevolencia incomparables. Su estado de ánimo habitual, no obstante, era una melancolía desesperada y a veces le rechinaban los dientes como si no pudiese soportar el peso de las penas que le oprimían.

Cuando se fue recuperando me costó mantener a mis hombres alejados, ya que deseaban hacerle mil preguntas, pero yo no quería que lo atormentasen con su curiosidad en el estado en el que se encontraba. Pese a ello, un día mi lugarteniente le preguntó cómo había llegado tan lejos en un vehículo tan raro.

Su rostro se ensombreció y respondió:

—Vine a buscar a alguien que había huido de mí.

—¿Y el hombre al que perseguía viajaba igual que usted?

—Sí.

—Entonces creo que lo hemos visto, porque el día antes de rescatarle a usted vimos un trineo arrastrado por perros que atravesaba a toda velocidad el hielo.

Aquello interesó vivamente al desconocido, que empezó a hacer preguntas sobre la ruta de aquel «demonio», como él lo llamaba. Más tarde, cuando estuvo a solas conmigo, me dijo:

—Seguramente habré despertado su curiosidad, al igual que la de esas buenas gentes. Pero usted es demasiado considerado para interrogarme.

—Desde luego. Sería inhumano por mi parte importunarle con mis preguntas en el estado en el que se encuentra.

—Pero, aun así, me ha rescatado y me ha devuelto la vida.

Poco después de aquello, me preguntó si pensaba que la rotura del hielo habría destruido el otro trineo. Le contesté que no podía saberlo, ya que el hielo se había roto cerca de la medianoche, por lo que el viajero podría haber tenido tiempo de llegar a un lugar seguro antes. Aquella respuesta pareció infundirle nuevas fuerzas y manifestó su deseo de subir a la cubierta para vigilar, por si el trineo reaparecía. Me costó convencerlo de que debía quedarse en el camarote, ya que aún se hallaba demasiado débil para soportar las duras condiciones del exterior. Tuve que prometerle que alguien vigilaría por él y que le avisaría al instante si divisaba el extraño objeto.

Poco a poco, el desconocido ha ido mejorando su salud, pero es muy silencioso y parece incómodo cuando se le acerca alguien que no sea yo. Aun así, sus modales son tan agradables y conciliadores que todos los

marineros se interesan por él, aunque apenas le hayan hablado. Por mi parte, empiezo a quererlo como a un hermano y su profundo dolor me llena de compasión. Debe de haber sido un alma noble en sus buenos tiempos si hasta en la desgracia se muestra tan amigable. En una de mis cartas, querida Margaret, te dije que no encontraría amigos en medio del océano. Sin embargo, he encontrado a un hombre que, si no estuviese roto por el sufrimiento, tendría todas las cualidades para ganarse mi amistad.

Pienso continuar este diario con anotaciones sobre el desconocido, para ir consignando todas las novedades que se produzcan.

13 de agosto, 17...

Mi afecto por mi invitado crece de día en día. Despierta en mí una inmensa admiración y, al mismo tiempo, una profunda lástima. Es amable, sabio y tan culto que, cuando habla, sus palabras parecen escogidas con sumo cuidado, aunque fluyen con inigualable rapidez y elocuencia. Ahora está muy recuperado de su enfermedad y se pasa el día en la cubierta, buscando con la mirada ese trineo que perseguía. A pesar de su infelicidad, no está tan absorto en su desgracia como para no prestar atención a los proyectos de los demás. A menudo he conversado con él sobre los míos y él ha escuchado con atención los detalles de la empresa. Dejándome arrastrar por mi simpatía hacia él, en un momento dado llegué a confesarle lo mucho que significa esta aventura para mí y cómo sacrificaría con gusto mi fortuna, mis esperanzas y hasta mi vida con tal de triunfar en ella. La vida de un hombre no me parece nada en comparación con el conocimiento que busco y con

el poder que alcanzaría la humanidad si mis planes saliesen como yo quiero.

Cuando le expuse estos argumentos, una sombría tristeza cubrió su semblante y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Desgraciado! —exclamó con la voz rota—. ¿Sufre usted de la misma locura que yo? ¿Ha probado también el licor embriagador de la ambición? Pues escúcheme. Deje que le cuente mi historia, a ver si consigo que aparte ese amargo veneno de sus labios.

Sus palabras suscitaron en mí una intensa curiosidad, pero la agitación que le produjo aquel episodio le dejó sin fuerzas para continuar la conversación. No obstante, me prometió que, a partir del día siguiente, me iría contando sus desdichas en los ratos que compartiera con él. Le di las gracias y decidí que cada noche, después de escuchar su relato, iría poniendo por escrito todo lo que me contase y relatándolo en primera persona, de la manera más fiel posible, como si se tratara de un diario. Así lo he venido haciendo desde entonces y creo que las páginas resultantes te proporcionarán una lectura entretenida. Sin embargo, para mí, que conozco al personaje principal, es mucho más que eso. Ya imagino el interés y la compasión con la que releeré estas páginas algún día...

Algunas de sus aventuras te parecerán extrañas e inconcebibles. Pronto descubrirás que la tempestad que ha terminado haciendo naufragar un barco tan noble debió de ser aterradora... Pero es hora de que yo enmudezca y le ceda la palabra a su protagonista.

CAPÍTULO 1



oy natural de Ginebra y mi familia es una de las más distinguidas de esta ciudad. Mis antepasados fueron síndicos y consejeros, y mi padre había desempeñado diversos cargos municipales. Era un hombre respetado por su integridad y su entrega al trabajo. Su dedicación a los asuntos públicos le impidió contraer matrimonio a una edad temprana, y solo en sus años de madurez se decidió a casarse y a formar una familia.

Como las circunstancias de su boda dicen mucho acerca de su carácter, no puedo dejar de relatarlas. Uno de sus mejores amigos era un próspero comerciante que, debido a un encadenamiento de desgracias, terminó sumido en la pobreza. Este hombre, que se apellidaba Beaufort, tenía un carácter orgulloso y no soportaba la idea de vivir pobremente en la misma tierra donde antes se le conocía por su rango y su magnificencia. Por ello, después de pagar sus deudas, se retiró con su hija a la ciudad de Lucerna para soportar su infortunio entre desconocidos.

Mi padre quería mucho a Beaufort y le dolió que se retirase en aquellas desdichadas circunstancias. Tan pronto como pudo, empezó a hacer indagaciones para dar con él, con la esperanza de que le permitiese ayudarle a rehacer su vida. Sin embargo, Beaufort había tomado medidas para evitar que lo encontrasen, por lo que mi padre tardó diez meses en descubrir su paradero. Cuando al fin lo encontró y fue a visitarlo, solo halló miseria y desesperación. Abrumado por las dificultades, había caído enfermo, lo que le había impedido buscar trabajo para cubrir los gastos del día a día, que poco a poco habían ido menguando sus escasos ahorros. Su hija se ocupaba de atenderlo, pero sufría al ver que los fondos de los que dependían se agotaban de día en día. Por suerte, Caroline Beaufort tenía una gran fortaleza de espíritu y valor suficiente para superar la adversidad. Consiguió algunos pequeños trabajos: hacía labores de paja trenzada y otras tareas con las que obtenía lo suficiente para ir cubriendo sus necesidades.

Así pasaron varios meses. Su padre empeoró y ella cada vez tenía que dedicarle más tiempo, por lo que sus ingresos disminuían. Al cabo de diez meses, su padre murió en sus brazos, dejándola huérfana y sin nada. Cuando mi padre llegó, se la encontró llorando de rodillas ante el féretro de Beaufort. Después del entierro de su amigo, la llevó a Ginebra y la situó bajo la protección de una pariente suya. Dos años más tarde se casaron.

Había una considerable diferencia de edad entre mis padres, pero esto no hacía sino aumentar el afecto que los unía. Mi padre admiraba las cualidades de mi madre y se propuso compensarla



por las dificultades que había pasado protegiéndola y rodeándola de comodidades y atenciones. La salud de ella se había resentido durante su estancia en Lucerna, por lo que después de la boda mi padre, que ya había abandonado todos sus cargos públicos, se la llevó al agradable clima de Italia, con la esperanza de que aquel nuevo entorno la ayudase a restablecerse.

Después de Italia visitaron Alemania y Francia. Yo, el primogénito, nací en Nápoles y los acompañé de niño en todos sus viajes. Durante muchos años fui su único hijo. Mis primeros recuerdos son las sonrisas de mi padre y las tiernas caricias de mi madre. Yo era su tesoro, su niño, la inocente y frágil criatura que el cielo les había concedido y que dependía de ellos en todo para conquistar su futura felicidad. Conscientes de la responsabilidad de aquella tarea, se esforzaron por inculcarme paciencia, empatía y autocontrol. Durante muchos años me dedicaron todo su tiempo.

Mi madre deseaba fervientemente tener una hija, pero no había conseguido volver a quedarse embarazada. Cuando yo tenía cinco años, en unas vacaciones en Italia, pasamos una semana a orillas del lago de Como. Su carácter generoso les hacía interesarse a menudo por las granjas más pobres. Mi madre necesitaba convertirse en el ángel de la guarda de los afligidos, ya que recordaba lo mucho que ella misma había sufrido antes de recibir ayuda.

En uno de sus paseos descubrieron una choza miserable alrededor de la cual pululaban varios niños medio desnudos. Un día, mi madre y yo visitamos aquella casucha.







TODOS, MENOS LA NIÑA RUBIA.

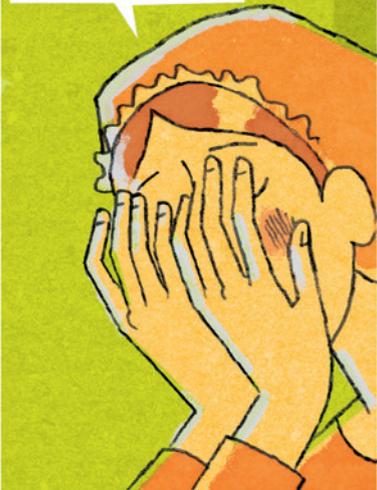
SE LLAMA ELIZABETH. ES HIJA DE UN NOBLE DE MILÁN. SU MADRE MURIÓ...

¡SALID A JUGAR, NIÑOS!



CUANDO LA ADOPTAMOS, NO ÉRAMOS TAN POBRES COMO AHORA.

APENAS PODEMOS
ALIMENTARLOS.
ES MUY DURO...



DEJE QUE ME LLEVE A ELIZABETH. SERÁ
UNA BOCA MENOS QUE ALIMENTAR.





TENDRÁ TODO LO QUE
NECESITE. HÁGALO POR ELLA.

PARA MÍ ES COMO UNA HIJA...



PERO TIENE RAZÓN. ESTARÁ
MEJOR CON USTEDES.



ESTÁN EN LA CASA DEL LAGO,
¿VERDAD? DEME UNOS DÍAS
PARA PREPARARLA.



CUANDO ESTÉ LISTA,
SE LA LLEVARÉ.

La víspera de la llegada de Elizabeth a nuestra casa, mi madre dejó caer en tono juguetón:

—Tengo un precioso regalo para mi Víctor. Mañana se lo daré.

A la mañana siguiente, me presentó a Elizabeth como el regalo que me había prometido. Yo, con la seriedad de los niños, interpreté literalmente sus palabras y creí que Elizabeth era mía. Mía para protegerla, cuidarla y mimarla... Por eso, los elogios hacia ella yo los recibía como si fuesen dirigidos a mí.

En la familia nos acostumbramos a tratarnos como si fuésemos primos... En realidad, no existía ninguna expresión para describir la relación que me unía a ella: era más que una hermana, ya que hasta la muerte solo iba a pertenecerme a mí, a mí y a nadie más.

